



24-Julio-1881

AÑO I.—ÉPOCA 2.ª

20 DE NOVIEMBRE DE 1870.

NUM. 6.º

CUESTION DE NOMBRES.

El incesante y febril movimiento de la política personal y de la política de bandería gasta los hombres y pulveriza los partidos.

Pero el gastarse los hombres y pulverizarse los partidos es un efecto natural y lógico de una causa funesta, efecto que acusa el mal del principio que lo engendra y descubre toda la vanidad y todo el error de esa política que prescinde de las doctrinas y se levanta sobre las personas, que se olvida de las grandes leyes morales, sociales y económicas y se entrega á las ambiciones menguadas de los partidos.

Y esa política disolvente y fatal que es el Proteo eterno de la sociedad, porque cambia súbitamente de formas y de actitud, y porque no se levanta sobre ninguna base fundamental, es la política del liberalismo, política escéptica, porque no tiene dogmas, política descreída, porque no tiene fé, política negativa, porque no tiene afirmaciones.

Esos dogmas, esa fé y esas afirmaciones de que carece el liberalismo no se refieren solamente al orden religioso, sino al orden político, al orden

científico, al orden humano, á ese orden que preside el desenvolvimiento de las sociedades.

Que el liberalismo afecta al orden religioso no hay para qué decirlo, porque el liberalismo se liga con el orden moral, y el orden moral y el religioso se intiman por vínculo inescrutable.

Pero si el liberalismo es un elemento anárquico y destructor que prescinde de las grandes verdades y que todo lo fia á la corriente de la opinion, preciso es hacer justicia á la sinceridad con que hombres fervorosos y entusiastas defienden el liberalismo, creyendo ingénuamente que al defender el liberalismo defienden la libertad.

Y la libertad verdadera, esa libertad santa que emana de la justicia y realiza el derecho, ¿quién no la defiende?

Somos tan tolerantes con las personas y amamos tanto la libertad racional, que hasta los grandes errores que el amor á la libertad provoca los comprendemos y los a.enuamos, y si el error pudiera merecer aplausos, aplaudiríamos los errores de la sinceridad.

Véase, pues, cómo no nos priva el espíritu de sistema ni nos ciega la pa-

sion de escuela; véase cómo estudiamos el liberalismo para combatirlo á nombre de la libertad.

Mientras el liberalismo no se ha definido suficientemente en las doctrinas, en las instituciones y en las costumbres, descubriendo siempre su falta de principios y su tolerancia absoluta, se ha podido confundir con la política de la libertad, que aspira á inocular en las leyes la justicia, en la sociedad el progreso, en la administración la autonomía racional, y, en fin, en todas las manifestaciones de la actividad humana la idea fundamental del derecho; comprendemos perfectamente que se haya considerado el liberalismo como el baluarte de la dignidad del hombre y como el germen de la civilización; pero desde que el liberalismo ha pregonado solemnemente sus negaciones, haciendo derivar todos los poderes, no de la justicia ni del derecho, sino de la soberanía de la nacion, es decir, de la voluntad incósciente del número y de la suma de las opiniones, desde ese momento no puede defenderse tan destructor sistema, desde ese momento no puede menos de anatematizarse, desde ese momento no puede menos de

MANCEN

considerarse como el gran perturbador del mundo.

Pero desde que la definicion del liberalismo se ha hecho de una manera harto elocuente en las Constituciones fundamentales de los pueblos y en todas las esferas religiosas, políticas y sociales, no es posible que quien tenga creencias religiosas y creencias científicas patrocine y defienda el sistema que se opone á toda verdad dogmática, á todo principio axiomático, á toda idea evidente.

Por eso, los hombres que leal y generosamente han prestado su apoyo al liberalismo y han sellado con su sangre su amor á la libertad; al ver á la libertad entregada á la licencia y al libertinaje que se derivan del liberalismo, retroceden aterrados en su carrera, y quizá sin advertirlo se cobijan bajo la bandera del principio autoritario que les dice con acento elocuente: *Venid á mí, que represento la justicia y que la defiendo con perseverancia; venid á mí, que no transijo con las aberraciones de la versátil opinion humana, sino que, al conservar en su integridad los grandes principios del derecho, sé aliarme con las ciencias morales y políticas para realizar el adelanto; venid á mí, que defino el poder social, para que sea siempre un elemento de proteccion y nunca de despotismo.*

El más ó el menos no altera la esencia de las cosas, y cualesquiera que sean los accidentes de los partidos del liberalismo, todos convienen en el punto capital, todos aceptan la soberanía nacional como criterio, todos se rinden ante la voluntad del número.

El nombre no afectá á la cosa, porque el accidente del nombre no la pervierte ni adultera, sino que la deja en su mismo ser y estado.

Y el liberalismo es uno, por más que los que le defienden y lo amparan se llaman con dictados diferentes.

Tres han sido los elementos que produjeron la revolucion de setiembre, por más que alguno de ellos fuera el que con el auxilio de la fuerza destruyese lo que entonces existia y abriese las puertas de la patria y del gobierno á los que vivian en el ostracismo de la política ó de la emigracion.

Y los tres supieron aliarse para elaborar la Constitucion democrática que

nos rige, aunque en esa obra trina fueran precisas grandes concesiones, fueran indispensables grandes sacrificios, fueran necesarias grandes pruebas de abnegacion heróica. Pero el hecho se consumó y la Carta fundamental del Estado es una para todos. Y, sin embargo, si el problema fundamental de la política estaba resuelto con un mismo criterio, ¿cómo ha sido posible que continuen bajo banderas políticas tan diferentes los diversos partidos de la revolucion que quisieron borrar su origen y vaciarse en el troquel de la Constitucion monárquico democrática?

Muy fácil es explicar este fenómeno político. Basta considerar que el principio autoritario es el que condensa los principios mas rudimentales de gobierno, y que estos principios no pueden arriesgarse en una transaccion sin comprometerlos gravemente, para comprender que en la cuestion de principios esenciales de gobierno no caben transacciones. Y el radicalismo del partido menos avanzado debia ser muy problemático, porque su historia, sus antecedentes y sus doctrinas fueron siempre una lucha eterna entre el principio autoritario y el principio del radicalismo, lucha porfiada y más ó menos latente ú ostensible, pero lucha que se traducia en todos sus hechos y en toda su conducta, lucha que le hacia unas veces levantar su prestigio en alas del principio autoritario y desvanecer su aureola con el soplo disolvente del liberalismo.

No hay que hacerse ilusiones. Mientras se agiten dentro de una Constitucion elaborada por unos elementos los mismos elementos que le dieron vida; mientras conserven las antiguas denominaciones que quisieron borrar con el dictado de monárquico-democráticos los partidos liberales; mientras no vengan á un mismo acuerdo y tributen culto fervoroso á su dogma de gobierno, es preciso confesar que las cuestiones de nombres son cuestiones de principios, y que estos principios no son más que el autoritarismo y el liberalismo; el primero queriéndose imponer á nombre de la justicia, del derecho y de las grandes leyes sociales y económicas, reconocidas universalmente, y el segundo queriendo dominar á nombre de la soberanía nacional, ó sea de la fuerza de la cantidad.

Y, sin embargo, aun los más radicales del liberalismo, aun los que entiendan como verdad de cosa juzgada la anárquica teoría de que la voluntad del pueblo es la ley suprema de las sociedades, no pueden menos de rendir fatalmente cierto culto al principio autoritario; pero aplicando el principio autoritario, no ya á la defensa de esas grandes verdades de gobierno, sino á los principios de su escuela, porque si el sufragio universal, que es la primera ley de la soberanía nacional, sancionare una política opuesta á la política radical que patrocinan, es seguro, muy seguro, que se pronunciarían contra el sufragio del número, y que pedirían plaza para sus doctrinas en nombre de un principio que, por más que no le diesen nombre ó le diesen un nombre quimérico, su verdadero nombre seria el principio de autoridad, aunque esa autoridad se aplicase á teorías peligrosas y á ideas disolventes.

No hay que dudarle: todas las discusiones de la prensa, todas las controversias de la tribuna, todos los choques de la opinion, todas las rivalidades de escuela y todas las diferencias fundamentales de los partidos, no son diferencias de nombre ni de accidentes, sino de esencia, porque los dos elementos que se disputan el imperio del mundo son el autoritarismo racional con sus afirmaciones fecundas y el liberalismo radical con sus negaciones destructoras.

JUAN CANCIO MENA.

CELEBRIDADES VASCO-NAVARRAS.

El Excmo. Sr. D. Estanislao de Urquijo,

PADRE DE PROVINCIA DE ÁLAVA.

I.

Quando el viajero que huye en los veranos del sol abrasador de las provincias castellanas, andaluzas ó aragonesas, traspone el Ebro en Miranda y continúa su expedicion en busca de las frescas brisas de las hospitalarias playas vizcainas, se regocija al aspirar el aire puro y libre de las siempre verdes montañas vascongadas.

Nos lamentamos sinceramente de que en estos tiempos que tanto se escribe no se haya publicado un *Album* para los que recorren la noble tierra euskara, cuyo libro debiera colocarse en sus manos en la estacion de Miranda de Ebro, á fin de que, ade-

más de admirar las maravillas que á la vista les ofrece la naturaleza, el mundo material, admirasen también las maravillas que en su seno encierran la historia, la tradición, las costumbres de estos pobres y felices pueblecitos, aldeas y caseríos, el mundo foral. Nosotros deseamos que á esos *Guías de viajeros* generalmente áridos y desabridos que solo indican los nombres de los pueblos, las distancias y otros datos estadísticos, sustituyeran libros que alimenten agradablemente el espíritu del lector, refiriéndole cuanto noble, caritativo, elevado y digno de loa y de membraza hubiera acaecido en las localidades que rápidamente recorreremos al estridente silbido de la locomotora.

El *Album* que nosotros soñamos no enseñaría al viajero las mejores fondas, pero sí las escuelas y casas de beneficencia más notables, y, sobre todo, la casa, el pueblo y los hechos de los hombres más benéficos, más caritativos, más sinceramente católicos.

Desde Miranda de Ebro á Bilbao ó á Irun viajarían entonces las gentes como encantadas de tantas maravillas morales y sociales á la par que materiales, porque hay abundante material para alimentar, así el corazón del niño angelical, como la imaginación de la joven impresionable, la reflexión del hombre maduro y experimentado, y para rejuvenecer la sensibilidad del ya débil anciano.

Mas como nosotros, ni tenemos tiempo, ni las facultades indispensables para escribir un libro tal cual lo hemos concebido, esperaremos á que lo hagan otros literatos admiradores del solar vascongado, y habremos de contentarnos con ofrecer á los que viajen por el ferro-carril del Ebro á Bilbao breves noticias de un tipo perfecto de caridad cristiana que ejerce esta virtud católica en condiciones admirables, muy especialmente en uno de los valles más pintorescos de la provincia de Alava, de la cual es uno de sus hijos más distinguidos, una verdadera gloria, así como de toda la nobilísima grey vasco-navarra.

Nuestros lectores habrán comprendido que nos referimos al Excmo. Sr. D. Estanislao de Urquijo, padre de provincia de Alava.

II.

Desde que en Miranda de Ebro deja el viajero á su espalda las áridas Castillas, cambia completamente el paisaje, y despues de recorrer velozmente las pintorescas hermandades de la *Rivera*, *Cuartango* y *Urcabustaiz*, y admirar los frondosos y gigantescos montes de Altube en la hermandad de Zuya, y descender por la hermandad de Arrastaria, en Alava, á la ciudad de Orduña del señorío de Vizcaya, parecele que todo ha sido un sueño fantástico, una ilusión, que el tren con su potente máquina y wagones y viajeros ha podido subir y bajar las altísimas montañas á cuyas cumbres no pudieron remontar el vuelo las águilas de los ejércitos ro-

manos que conquistaron el mundo, menos este rincón apartado.

Apenas se sale de la estación de la única ciudad vizcaina, y sin que hayamos concluido el respetuoso saludo que dirigimos á la milagrosa y santa Virgen de Nuestra Señora de la Antigua, entramos de nuevo en el territorio de Alava, y nuestros ojos buscan con anheloso afán los pueblos y valles de Amurrio, Olavezar, Murga, Llodio y Orozco, este último del señorío de Vizcaya, y todos ellos los lugares tan humildes como gloriosos elegidos por el señor de Urquijo para ejercer actos infinitos de caridad y amor al prójimo.

No quiere decir esto que el bondadoso Sr. de Urquijo no haga limosnas de consideración en otros pueblos, pues su caridad se estiende á todas partes, sino que nosotros nos proponemos hablar principalmente de las de este rincón de Alava, y más en particular todavía de las del valle de Llodio.

Á corta distancia de Amurrio, cabeza del partido judicial de su nombre, se halla situado el pintoresco valle de Llodio, promediando el camino entre Orduña y Bilbao. Divídese en las barriadas de *Larrea*, *Gogenua*, *Larrazabal*, *Olarte*, *Isusi* y *Duvisois*. El valle de Llodio perteneció en lo antiguo al señorío de Vizcaya y asistió á las Juntas so el árbol de Guernica, y allí le encontramos figurando el 30 de julio de 1476, cuando el gran Rey Fernando el Católico juró y confirmó solemnemente los *Fueros*. Copiaremos algunos párrafos del acta de aquella augusta ceremonia.

«Y el dicho señor Rey dijo que él era allí venido para así como Rey de Castilla y de Leon, et como señor de Vizcaya, á hacer el dicho juramento, et que le plació de lo hacer, y luego dijo que juraba y juró á Dios y á Santa María y las palabras de los Santos Evangelios donde quiera que están y á la señal de la Cruz que con su mano real derecha corporalmente tañió en una Cruz que fué tomada del altar mayor de la dicha iglesia con un crucifijo en ella que su Alteza juraba é confirmaba y juró y confirmó sus fueros y quadernos y buenos usos y buenas costumbres y privilegios y franquezas y libertades y mercedes, y lanzas y tierras y oficios y monasterios.... segun que mejor les fué guardado en tiempo de los otros Reyes y señores que han sido de dicho Condado.... Y luego incontinenti el dicho Rey nuestro señor, el dicho dia y hora salió de la dicha iglesia, su alteza se sentó en una silla de piedra, que está so el dicho árbol en su estrado et aparato real de brocado, y estando allí.... dijeron que lo recibían y recibieron, afirmándose en la obediencia y recibimiento que tenían hecho por Rey de Castilla, y de Leon, y Señor de Vizcaya, y le besaron la mano.....» Cúpoles la honra de representar á la merindad de Llodio en dia tan célebre á *Diego Fernandez de Ugarte et á Pero Ortiz de Anuncibay*.

Los de Llodio habían pertenecido á la *Cofradía de Arriaga* en épocas muy remotas, y en el año de 1291 aparece entre los

cofrades el Sr. Lopez de Mendoza, uno de los primeros ricos-homes de aquel valle, por lo cual encontramos natural que se uniera á la provincia de Alava, segregándose de Vizcaya en 15 de febrero de 1491, desde cuya fecha constituye una de sus hermandades y pertenece á la cuadrilla de Ayala.

En Llodio se han celebrado las juntas generales de mayo, por la provincia de Alava, en los años de 1855, 1867 y 1870, distinguiéndose sus habitantes por el cariño y buena acogida que siempre han dispensado á los señores procuradores.

Es Llodio una poblacion de 400 vecinos próximamente, diseminados en caseríos donde se habla el vascuence, y por la lengua, las costumbres, el traje y las leyes forales que disfrutan, conservan sus moradores el tipo más puro euskaro. Distingúense los hijos de este valle por su laboriosidad, economía, valor y sentimientos humanitarios y caritativos hasta con sus más declarados enemigos, como lo tienen demostrado en las guerras de la independencia y la última civil. El ferro-carril de Miranda á Bilbao, que de ningun provecho ha sido para el territorio alavés que recorre, ha arruinado por completo á varios pueblos, y muy especialmente al valle de Llodio, que vivía con el movimiento de la carretera de Bilbao á Castilla por Orduña, cuyo tráfico ha desaparecido por completo para esta localidad. Además ha perdido también su agricultura con las expropiaciones para la vía férrea. Por eso le es doblemente útil y beneficiosa la grande protección que le dispensa el Sr. de Urquijo, á la que bueno fuera que se uniera la de la provincia. Los cortos momentos que los trenes paran en la estación de Llodio los aprovechamos siempre en contemplar la iglesia parroquial dedicada á San Pedro de Lanuza, las casas de campo de los Sres. Olabarrieta, Bárbara, Salazar, Eguía, Sainz Pardo, y sobre todo las magníficas escuelas de niños y de niñas, monumento hermoso de caridad católica que ha levantado el excelentísimo Sr. D. Estanislao de Urquijo. Pero de esta obra preciosísima nos ocuparemos más despacio y en el lugar correspondiente al plan que nos hemos trazado.

Dadas estas noticias generales y preliminares, entraremos más concretamente en materia.

RAMON ORTIZ DE ZÁRATE.

LA SORPRESA DE DESCARGA.

I.

UNA DEUDA.

Las divisiones de Alava y de Vizcaya y la brigada auxiliar de Navarra, que se hallaban respectivamente á las órdenes del baron del Solar de Espinosa, del conde de Mirasol y del coronel Ulibarri, acampaban la tarde del 2 de junio de 1835, siendo general en jefe de todas don Baldomero Espar-

tero, en el alto de Descarga, entre Vergara y Villareal de Zumárraga.

El punto escogido ofrecía excelente proporción para el descanso de un cuerpo de tropas respetable; porque situado en la margen del camino de Francia, rodeado de barrancos y sinuosidades, hallábase cubierto de una lozana vegetación, propia de aquel país; lozana y rica además en aquella época de primavera.

En el semblante de los soldados veíase retratada una confianza ciega, y los que no se entregaban al reposo, charlaban y cantaban al rededor de las fogatas que habían encendido, esperando que amaneciera un nuevo día, en el que conquistarán frescos laureles, salvando á Villafranca, asediada por Zumalacárregui.

No lejos, ó más bien muy cerca de estas tropas, acampaban sus enemigos, bajo las órdenes del jefe carlista D. Francisco Benito Eraso. Sin los rodeos del camino y sin las sinuosidades del terreno, hubieran podido avistarse los unos con los otros, pues la distancia que separa del alto de Descarga á Villareal de Zumárraga, que era donde se hallaban estos últimos, no llega á tres kilómetros.

No ignoraban, en verdad, los jefes de ámbos bandos la proximidad del enemigo. El carlista quiso, empero, cerciorarse de la posición y fuerza del contrario, y con este fin destacó un escuadrón de lanceros de Vizcaya y el batallón de Guías de Alava, al mando todos del coronel Bengoechea.

Tan corto fué el trayecto que tuvieron que recorrer los explotadores, que cuando menos lo esperaban se encontraron en medio del campamento contrario.

Los primeros soldados de la Reina con quienes dieron de manos á boca los carlistas corrieron en confuso tropel hácia sus compañeros. Tropezando con estos, cayeron sobre las armas que en pabellón estaban, y apoderándose de casi todos, en estos momentos de confusión y desorden, un terror pánico, oyóse el tremendo «*Salvoe quien pueda,*» que difundió con la velocidad del rayo la alarma en el resto del ejército cristino.

Los más serenos quisieron dar cara al enemigo; pero era tal la confusión y tan grande el desorden, que se vieron arrollados por sus mismos compañeros.

La oscuridad de la noche, aumentada por una niebla densa y húmeda, convertida más tarde en menuda lluvia, hizo también que tomaran á los suyos por enemigos, y hubo momentos en que se cruzaron las armas entre los defensores de una misma causa.

Un valiente, con las insignias de coronel, arremetió con sable en mano, mezclándose desesperado entre los carlistas y batiéndose cuerpo á cuerpo con ellos.

Parecía que le importaba poco hallar la muerte, ¿qué digo? la buscaba indudablemente entre los aceros enemigos, como si no quisiera sobrevivir á aquella afrenta inesperada.

Loco, con la sangre agolpada á la cabeza,

no veía ni oía lo que á su alrededor pasaba. Repartía mandobles á diestro y siniestro, sin observar que iba quedándose solo de entre los suyos, y que, cual otro Horacio Cocles, tenía que luchar contra todo un ejército.

Pocos momentos despues, nadie se batía allí. Ocupábanse los carlistas únicamente en prender á mansalva á los cristinos, y los restos del ejército de la Reina entraban en Vergara, heridos y estropeados unos, desarmados los más, y todos ó casi todos apoderados de un terror pánico, consecuencia natural del desastre sufrido.

Es media noche, y en la eminencia en que no há muchas horas se había visto la alegría y la algazara retratadas en los semblantes y lenguaje de miles de hombres, y poco despues se percibieran los gritos, las voces de mando, las imprecaciones y los alaridos de esos mismos hombres, reina ahora un profundo y sepulcral silencio.

En uno de los barrancos en que estriba la falda de Descarga hallábase tendido un hombre teñido su rostro en sangre y cubierta su ropa de lodo y fango.

Seis horas hacia ya que se hallaba en aquella situación, falto completamente de sentido. Tal vez creyeronle muerto los que á su lado pasaran.

Hondos y ahogados suspiros y un movimiento convulsivo dieron, empero, á conocer que no había volado aun el alma de aquel hombre á la mansión de los justos.

Poco despues, como si le hubiera sacudido una chispa eléctrica, púsose en pie, y fijando la vista á uno y otro lado, y palpándose en todo su cuerpo, parecía querer recordar el sitio en que yaciera, la causa del estado en que se encontraba y todo cuanto pudiera contribuir á orientarle de la posición y del estado en que se hallaba.

Los últimos fulgores de una de las fogatas, que así habían servido para iluminar las escenas de broma y algazara de los soldados de la Reina, como su desorden y su derrota; los últimos fulgores, digo, de una de esas fogatas, iluminaron el rostro del coronel, que, prefiriendo á la deshonra la muerte, la había buscado inútilmente en medio de las armas enemigas.

Sacudió la cabeza para salir de su letargo y dió un paso hácia adelante, como si buscara, entre el tropel de ideas que se agolpaban á su mente, el medio de despejarlas.

Volvió á detenerse incierto y pensativo. Largo rato permaneció dudando el partido que debería tomar, hasta que balbuceando entre dientes—¡Sea lo que Dios quiera!— echó á andar de nuevo resueltamente hácia adelante, como si real y efectivamente supiera á dónde iba, siendo así que no conocía un palmo del terreno que pisaba.

Tan oscura y negra era la noche como negros y oscuros eran los pensamientos del coronel; y así como aquella le hacía perder terreno, estos le hacían perder la serenidad y valor necesarios para caminar.

Unahora escasa, que al infeliz le pareció

un siglo largo, caminaba á tientas, tropezando á cada paso, cayendo aquí y acullá y perdiendo progresivamente sus fuerzas en aquella lucha desesperada.

En el momento mismo en que empezaba á rayar el día, cuando, rendido de fatiga, falto de sangre y perdida la esperanza, caía en tierra y se echaba en brazos de Dios, pidiéndole con todo el fervor de su alma pusiera fin á sus horribles padecimientos, creyó distinguir á corta distancia una casita blanca envuelta entre las nieblas de la montaña, cual faro de salvación en la borrasca por que estaba pasando.

Hizo el último esfuerzo para ponerse en pie, y con la vista fija en el punto en que aparecía la casa, sin mirar al suelo, tropezando unas veces y cayendo otras, llegó, más bien arrastras que á pie, hasta la puerta de aquella.

Quiso llamar y no pudo: quiso gritar y faltáronle las fuerzas. Hubo un momento en que creyó que había llegado el último de su vida, y cruzando las manos en el pecho, dejóse caer de rodillas en el umbral de aquella puerta, detrás de la cual había esperado el alivio á sus terribles padecimientos.

Sintióse en aquel mismo momento el ruido del cerrojo que se descorría por dentro, é inmediatamente se abrió la puerta, apareciendo en el hueco de ella una mujer joven, robusta, con esa fisonomía de franca y agradable jovialidad, tipo esencialmente guipuzcoano.

El lector suplirá la descripción que haría, si me fuera posible, de aquel tiernísimo cuadro.

Yo me limitaré á decir sencillamente que el hombre que hacia muy pocas horas aun había hecho frente á todo un ejército, se hallaba ahora de rodillas; implorando los auxilios de una débil mujer. Permaneció esta muda y estática largo rato, delante del coronel, pues no podía darse cuenta de lo que veía.

Por fin, la pobre aldeana dió un grito, que lo mismo podía haber sido arrancado por el terror que por la compasión, y corrió hácia dentro llamando á alguien en vascuence.

El coronel inclinó la cabeza contra el quicio de la puerta y permaneció en el mismo sitio y en el mismo estado: no parecía sino que estaba petrificado.

Un anciano, venerable por la edad y por la nobleza de sus facciones, apareció á poco rato acompañado de la joven. Se acercó al coronel y le dirigió algunas palabras en vascuence.

El interpelado contestó con voz ahogada, haciendo un esfuerzo sobrehumano.

—¡Sufro mucho, Dios mio, sufro mucho!

Volvió el aldeano á dirigirle nuevamente la palabra, pero no obtuvo respuesta. Entonces se acercó al militar: púsole la mano en la frente, y la halló bañada de sudor frío.

El anciano comprendió que el hombre que tenia delante había perdido el sentido; le cogió en brazos con una fuerza superior

á la de muchos jóvenes, dió algunas órdenes á la muchacha que se hallaba á su lado, más muerta que viva, y se encaminó á dentro con aquella carga, que no parecía muy pesada para él, según la facilidad con que la manejaba.

Dejó al coronel en una silla, y mientras cuidaba de desabrocharle la levita, á fin de que respirara más libremente, la muchacha trajo un poco de agua mezclada con unas gotas de vinagre, con la cual restañaron las heridas del militar, y humedecieronle la boca, que la tenía seca como un corcho.

—Me habeis vuelto á la vida, dijo el coronel, fijando una mirada de inefable reconocimiento, en la mirada tierna y compasiva de los aldeanos.

Dirigieronse estos varias palabras en vascuence, y como resultado de esta conversacion, sin duda se atrevió á decir la jóven haciendo un movimiento con los hombros:

—No entiendes nosotros.

—¡Oh, yo sí! exclamó el coronel con toda la fuerza de que era capaz, cogiendo al mismo tiempo las manos callosas de sus libertadores. ¡Yo sí entiendo que os debo la vida! Yo entiendo que sois buenos ¡oh, sí! muy buenos, cuando así tratáis á un enemigo vuestro.

Los aldeanos le escuchaban, comprendiendo quizás por el tono espresivo del coronel lo que quería manifestarles.

De aquí el que la jóven llevara á sus ojos la punta del delantal, y que el anciano volviera la cara para pasarse la manga de la camisa por entre la frente y las megillas.

Volvieron á hablarse el anciano y la jóven, y salió esta para entrar á poco rato con un lio de ropa.

Solos otra vez los dos hombres, hizo el anciano que el coronel se despojara de su uniforme húmedo y enlodado, y le ayudó á que vistiera un traje completo de aldeano vascongado.

Acto continuo dióle á entender que debía echarse en la cama, y cerrando la ventana y puerta, le dejó solo.

La fatiga de la noche anterior y las fuertes emociones sufridas habian rendido al militar, en términos, que tardó muy poco en quedarse dormido.

Algunas horas despues despertó sobresaltado, acosado de un sueño pertinaz, representación viva de todos los acontecimientos en que habia tomado parte hacia poco tiempo.

Al abrir los ojos creyó ver á la cabecera de su cama dos soldados carlistas, y suponiendo que continuaba el sueño ó más bien el delirio, cerró los ojos exclamando:

—¡Siempre los tengo delante! ¡lo mismo soñando que despierto!

Abrió de nuevo los ojos al cabo de un rato y volvieron á presentarse ante su vista las mismas figuras, mudas é inmóviles como si fueran de mármol.

—¡Basta ya! gritó fuera de sí incorporándose en la cama.—Es necesario que esto tenga fin. ¡Acabad de una vez conmigo, pero no me mateis á alfilerazos!

Los dos soldados, mozos de estatura y formas atléticas, permanecieron sin hacer el más pequeño movimiento.

Por entre los hombros de ambos apareció la cabeza del anciano, quien articuló algunas palabras en vascuence dirigiéndose al coronel, pero este no solo no comprendió lo que le quería decir, sino que hasta dudaba fuera verdad aquella voz que creía oír.

Convencióse, por fin, al cabo de un gran rato, de que estaba despierto, y por consiguiente guardado por dos soldados carlistas.

La idea de que le habian vendido cruzó por su imaginacion, y en aquel momento pensó vender cara su vida. Pero hallábase tan débil, que apenas tenía fuerzas suficientes para levantarse de la cama y salir á la habitacion próxima, por indicacion del aldeano.

Allí se encontró con una mesa cubierta de un mantel limpio, y en ella colocó la jóven inmediatamente una cazuela con sopas.

El coronel se puso á comer maquinalmente; tenía verdadera necesidad de alimentarse.

Pero cuando observó que el anciano no probaba bocado, y que los dos soldados carlistas continuaban en pie á su lado, guardando el mismo sepulcral silencio de siempre, experimentó un estremecimiento convulsivo.

Pasóle por la imaginacion la idea de si tratarian de envenenarle.

La fisonomía noble y simpática del aldeano, y la franca y jovial de la jóven, á la vez que cierto no sé qué digno y respetuoso de los dos soldados, alejaron de su mente aquel temor, y concluyó por desecharle como un mal pensamiento.

La comida era aseada, y aunque frugal, la más á propósito quizás para el estado de debilidad en que se encontraba el coronel. Hizola éste los honores debidos, sin proferir una sola sílaba, y sin que se oyera tampoco proferirlas á ninguno de los circunstantes.

Así que el coronel concluyó de comer, púsose en pie el anciano, y con un lenguaje espresivo y á veces con tono acalorado, dirigió á los dos soldados, que le escuchaban atentamente, apoyando sus barbas sobre sus manos, y estas en las bocas de los fusiles, una plática que tuvo todas las trazas de una verdadera alocucion.

Algunas horas despues, que las pasó el coronel en medio de crueles dudas é incertidumbres, cuando ya el sol se habia ocultado tras la cumbre de Campanzar, hizole entender el anciano que habia llegado la hora de partir.

En aquel mismo momento volvian á aparecer en la puerta de la sala los dos soldados carlistas, como si fueran dos autómatas.

El anciano cogió del brazo al coronel, que vacilaba sobre lo que debía hacer, y le puso en medio de los dos centinelas, señalándole con la mano la puerta de la casa.

No podia ser más clara la insinuacion.

Dió unos pasos hacia adelante, pero se detuvo al observar que en un rincon del portal se hallaba la jóven con los ojos arrasados de lágrimas.

Decididamente iba á ser entregado á manos de sus enemigos, ó tal vez.... Sacudió la cabeza, y como el hombre que no puede esperar ya nada de este mundo, salió de la casa con paso firme y seguro y aire resuelto; último alarde de lo que se llama valor en la sociedad.

Uno de los soldados se adelantó á ponerse delante, mientras el otro se colocaba detrás.

¿Podia darse mayor prueba de que lo llevaban como prisionero de guerra?

Ya hacia rato que caminaban de este modo, y aunque el coronel hizo intencion, más de una vez, de preguntar á sus guardadores á dónde le llevaban, desistió inmediatamente de su intento, porque comprendia que nada adelantaba con ello, cuando era indudable que no entendian el castellano, y hasta podia creer que fueran mudos; pues no les habia oido pronunciar una sola sílaba.

Durante la marcha, que duraba ya una hora larga, habia anochecido por completo, y hubo momentos en que el prisionero pensó en aprovecharse de aquella oscuridad para avalanzarse sobre uno de los soldados, arrancarle el fusil de improviso, y perder si era necesario su vida en una lucha desesperada.

Pero las escasas fuerzas con que se encontraba, y la idea de que lo más que podria sucederle era que fuese á engrosar el número de los cogidos la vispera en Descarga, le hicieron desistir de aquel pensamiento.

Observaba que siempre que habia un mal paso que salvar, y esto sucedia con frecuencia, pues caminaban por senderos estraviados y terrenos escabrosos, se detenia el soldado que iba delante, como para indicarle que tuviera cuidado donde pisaba.

—Decididamente, pensaba el coronel para sí, estos individuos quieren entregarme á sus jefes en buen estado de conservacion, para que no se diga de ellos que me han cogido prisionero cuando estaba fuera de combate. Todos tenemos nuestro cachito de amor propio.

Embebido en estas ideas y en otras más tristes, tropezó con el soldado de delante, que se habia parado hacia un momento.

Cogióle este por el brazo, y antes de que el coronel tuviese tiempo de volver de la sorpresa que esta accion le ocasionaba, le dijo el carlista, señalándole una masa informe que se levantaba á veinte pasos de distancia:

—¡Vergara!

La venda que hasta entonces habia cegado al coronel cayó de improviso al oír el nombre del pueblo que tenia delante.

(Se continuará.)

S. DE GOICOECHEA.

(Del libro *Ellos y nosotros*.)

REVISTA DE LA SEMANA.

Si la sesion que se verificó el miércoles no fuera, como presumen la mayor parte de los periódicos, el prólogo de un drama, la sola narracion de los sucesos de tan memorable jornada ofrecería al lector solaz y esparcimiento.

Yo condensaré en breves líneas lo que pasó dentro de la Cámara y fuera de ella.

Por la mañana se llenaron las tiendas de comestibles y las panaderías de criados de personas previsoras.

Dichas personas formularon este silogismo.

—El gobierno y la mayoría de las Córtes quieren hacer Rey de España al duque de Aosta; pero tienen en frente cuatro ó cinco partidos formidables. La cuestion se resolverá por la fuerza: luego lo mejor que puedo hacer es quedarme en mi casa con provisiones para dos ó tres dias.

Desde muy temprano se pusieron en movimiento las fuerzas de la guarnicion, y, tomando posiciones estratégicas, en vez de tranquilizar á los habitantes pacíficos, para cuyo fin sin duda alguna ocupaban las convenientes posiciones, aumentaron la alarma.

Madrid, tan animado en los dias anteriores, parecia un desierto. Toda la vida toda la sangre afluyó al corazon de la capital de la monarquia. El Congreso y sus alrededores estaban llenos de curiosos y de agentes de la autoridad.

La familia se habia encerrado en el hogar, y lo más que hacia era asomarse de cuando en cuando á las vidrieras de los balcones, ó asustarse cuando un portazo inconsiderado le hacia creer que habia empezado la triste funcion.

Imposible es describir la febril agitacion de los que aguardaban ocultos en sus casas el fin de la jornada.

El miedo, la ansiedad, no permitian pensar en el candidato, sino en los preparativos de su eleccion.

A las dos y media empezó la sesion en la Cámara.

Tan grande es nuestro amor á la monarquia que haríamos cualquier sacrificio con tal de borrar las frases que algunos diputados pronunciaron en aquel solemne acto.

No las repetiremos; deseamos vivamente que se olviden, porque quitan prestigio á esa gran institucion que entraña la inmarcesible gloria de la patria.

Lleguemos á la votacion. De los 344 diputados de que consta la Asamblea, solo 311 votaron.

191 dieron su voto al duque de Aosta.

61 á la república federal.

3 á la unitaria.

27 al duque de Montpensier.

8 á Espartero.

2 al principe Alfonso.

19 votaron en blanco.

De los 33 que no han votado cuatro enviaron oficios dando sus votos respectivamente al duque de Aosta, al de Montpen-

sier, á Espartero y á la república federal. De los 29 restantes hubiera sacado cuatro votos el candidato del gobierno y 25 las oposiciones.

Resulta, pues, de los votos emitidos, que el duque de Aosta ha tenido 191 votos en pro y 120 en contra. Si se tienen en cuenta las opiniones de todos los diputados, aparece que desean su reinado 196 y que no lo desean 148: diferencia á su favor, 48.

Si se tiene en cuenta que los esparteristas y los monspensieristas convertidos á última hora en aostistas pasan de 50 y que en la votacion han tomado parte cerca de 80 funcionarios, fácilmente se comprende el verdadero espíritu de la votacion.

Sin embargo, bajo el punto de vista legal, dentro del sistema parlamentario el Rey de la soberanía nacional es el duque de Aosta.

Permitásenos una vez más deplorar con todas las salvedades y respetos ese sistema que vincula los derechos de la opinion pública en 344 personas, que pueden muy bien en un momento dado falsear sin querer el sentimiento público y arrastrar á un pueblo á la desesperacion.

Pero si nosotros lamentamos, haciendo abstraccion de la personalidad del candidato electo, un sistema tan funesto, en medio de todo, hemos visto en él, al servir para la eleccion del monarca, una leccion providencial.

¿Que dirán los partidarios del parlamentarismo que han sido derrotados?—Nada pueden decir: todo cuanto hablen es injusto; han sufrido la pena del Talion, y bien empleado les está lo que les sucede.

¿Pero no servirá la leccion á los incautos, á los sinceramente adoradores de un ideal imposible?

Ignoramos al trazar estas líneas la solucion del problema que se ha planteado el 16: la verdad es que ni en la Asamblea ni fuera de ella se ha visto entusiasmo, júbilo, animacion, esperanza.

El cuadro que ofreció Madrid, con la guarnicion preparada; las tiendas medio abiertas, las calles sin gente, las escuelas sin alumnos, los teatros cerrados, más anunciaba una gran desgracia que un gran suceso.

¿Se ha perdido el amor á la monarquia? ¿No reponde la monarquia votada al sentimiento general del país?

Contesten los lectores: nosotros llamamos poseidos de un vivo dolor ante los hechos consumados.

¿Vendrá el Rey elegido?

Tampoco lo sabemos.

Lo único que pedimos á Dios fervorosamente es que se apiade de nosotros, que no ponga las armas en manos de los hijos de una misma madre, que no tengamos que sufrir, despues de dos años de demolidora interinidad, los horrores de una guerra fratricida.

Las papeletas en blanco pueden servir de páginas de gloria ó de páginas de sangre.

Las divisiones en los pueblos ofrecen en la práctica resultados como los que hemos visto; y en épocas de agitacion, ni el honrado trabajo, ni la provechosa ilustracion que proporcionan las letras y las artes pueden fructificar.

La situacion de Europa hace más dolorosa nuestra situacion.

Prusia domina en Francia: sus ejércitos victoriosos reciben ante Europa el incommensurable refuerzo de los soldados de la Rusia. En frente de estas influencias, Inglaterra, Italia, Austria y Turquía se aprestan á resistirlas.

La Iglesia y su Pontífice sufren: la crisis es espantosa; España debilitada, dividida, podria muy bien perder su gran nacionalidad; los partidos, triunfando con elementos propios, podrian establecer en unas provincias la forma republicana, en otras la monarquia legítima, en otras la monarquia de la Revolucion, en otras la monarquia de la Asamblea. ¿No es llegada la hora de que todos los verdaderos españoles, sinceramente monárquicos, seagrupen en torno del nuevo Rey, ó de que si no le creen capaz, como las Córtes, de representar la tradicion y el derecho, lo manifiesten así con la serenidad y energia que la ley concede á los ciudadanos? Los intereses mezquinos se estrellarán siempre ante la legalidad, cualquiera que sea: los intereses patrióticos se abrirán paso siempre; y, en todo caso, si la lucha llega, no serán ellos los que la provoquen.

El silencio es el lenguaje de los pueblos muertos, y cuando callan tienen los que mandan derecho para creer que no existen.

Entre el grotesco lenguaje de la sátira, las amenazas, ó los carteles de desafio, y la palabra mesurada y digna del patriotismo, hay una gran diferencia.

El primero irrita, enardece.

La segunda consterna.

¿Y qué es mejor? ¿Exponer respetuosamente una opinion, ó callar y engrosar las filas de los caudillos de la guerra civil?

Si nosotros tuviéramos que dar el ejemplo, nos dirigiríamos respetuosamente al egregio candidato electo y le diríamos:

«Señor: Las Córtes Soberanas han nombrado á V. M. Rey de España: acatamos su fallo y ofrecemos á V. M. nuestro respeto: nuestro amor, no. La ley nos manda obedecer, y obedecemos: nuestro corazon nos niega la esperanza, y no esperamos. ¡Cúmplase la voluntad de Dios!»

Esta fórmula, que solo el tribunal de la Inquisicion, tratándose de un dogma, podria condenar por referirse á la conciencia, puede encerrar la espresion de un pueblo é inspirar respeto hasta á sus más encarnizados enemigos. J. N.

HISTORIA DE UN MINUTO

CONTADA

por Julio Nombela.

(Continuacion.)

—Media copa me parece poco para poder hablar fuerte á mi principal..... Pidamos una entera.

—¡Estéban! dijo un jóven de veitiseis á veintisiete años, acercándose á la mesa en donde estaba el mancebo.

—¡Facundo! gritó este, ¿tú por aquí?

—Ya lo ves, aquí estoy.

—Yo te hacia en la tienda.

—Pues no; he salido.

—Ya lo veo. ¿No quieres tomar algo?

—Hombre, venia á buscar á un amigo que me ha citado aquí.

—Pues siéntate, y toma algo.

—He tomado café.

—Echa una copa.

—Hombre, bien, si me convidas, la echo. Así como así hace ya un siglo que no nos vemos.

—¿Y cómo es que tú tambien andas suelto á estas horas?

—Como todas las noches.

—¿Pues qué, no estás en la tienda?

—Hace más de dos meses que reñí con mi amo.

—¿Y qué te haces?

—Negocio.

—¿Y te vá bien?

—Muy bien. Si aquí lo peor que se puede ser es mancebo de una tienda. Trabajo por mi cuenta, y si me sopla la suerte como hasta ahora, antes de cuatro años soy un capitalista.—Mira, llena el platillo, dijo al mozo que á la sazón le servia la copa de rom y marrasquino.

—¿Y en qué te ocupas?

—En un negocio muy lucrativo.

—¿Es un secreto?

—No, hombre, no; para tí nos los tengo. Vendo cigarros á una porcion de parroquianos ricos.

—¿Y cómo te las arreglas?

—¡Toma! Los compro al por mayor á una persona que los recibe de contrabando y los vendo de *ocultis*.

—¿Y ganas?

—Gano algo, pero lo mejor que tiene el oficio es que los que fuman habano son todos personajes. Estoy tratando con duques y marqueses, con diputados y senadores. Apenas llevo á su casa me hacen entrar, me reciben en su gabinete, y á veces en la alcoba, me tratan con familiaridad, y, ya sabes, yo que no soy tonto, me aprovecho. Viene alguno de la tierra y quiere un destinillo: hablo á algun parroquiano, y como los barberos, las bailarinas y las jamonas de buen aspecto, consigo al poco tiempo la credencial. Natural es que al paisano á quien sirvo le aconseje en seguida que compre dos ó tres cajas de cigarros de los mejores, para regalárselos al que le ha servido. Me dá su importe, yo le llevo las cajas, me pregunta cuánto son, y, á la verdad, no desperdicio la ocasion, las cobro por los dos lados.

—Ya estás tú buen truhan.

—El caso es que si yo tuviera dinero, podria sacar mejor partido de mi situacion. Precisamente he venido á esperar esta noche á un caballero que quiere darme diez mil reales para ir á medias conmigo en la venta del tabaco.

—¿Y qué interés se le saca al dinero?

—Un doscientos por ciento al año. Ahí tienes una bonita ocasion para tí, que tú eres económico y debes haber ahorrado.

—Sí, tengo algun dinero, pero en casa de mi amo.

—Entonces no es posible.

—Es que voy á ver si riño con él esta noche, y si pudieras esperar hasta mañana, porque la verdad es que mas vale andar de aquí para allí todo el dia que pasarse la vida detrás de un mostrador.

—Yo lo creo; y sobre todo hoy que hay que vender tantas cosas al fiado. Lo que podemos hacer es que tú te asocies con nosotros por otros diez mil reales, y emprendamos en mayor escala el negocio.

—Pues cuenta conmigo.

—En ese caso, mañana nos veremos.

—¿Dónde?

—Aquí.

—¡Mozo! dijo Estéban, traiga Vd. otro par de copas.

—Hombre, no, no puedo más.

—Es para celebrar nuestra entrevista.

—Mira que se me vá á subir á la cabeza.

—Yo las pago.

—En ese caso...

Y de un sorbo vaciaron las dos copas. A cosa de las once se separaron, y Estéban fué diciendose por el camino:

—Pues, señor, esta noche se arma la gorda. El patron estará esperándome con una cara de vinagre que tendrá que ver. Apenas llegue, me reñirá, yo le contestaré, me hablará alto, gritare más, como tiene un genio tan fuerte, cogerá una pesa ó una silla para tirármela á la cabeza, yo aprovecharé la ocasion para pedirle el dinero, y mañana soy libre.

Llamó á la puerta y..... pero es ya demasiado tarde para entrar en una casa ajena.

Más tarde contaré lo que pasó.

VI.

ROSA.

Casi al mismo tiempo que llamaba Estéban á la puerta de la tienda, entraba misteriosamente en un calabozo de la cárcel del Saladero una jóven de veinticuatro á veinticinco años, pobremente vestida y enlutada.

Para conocerla necesitamos oír la conversacion que habia precedido al logro de sus deseos.

La jóven habia salido á las nueve del obrador donde trabajaba.

Era modista.

Al llegar á su albergue, que no era ni más ni menos que un pequeño sotabanco de una casa de la calle de Lavapiés, una anciana, que era su abuela,—la infeliz habia perdido su madre—le habia dicho:

—¿Sabes, hija mia, que estoy con mucho cuidado?

—¿Por qué?

—El Sr. de Lara no ha venido.

—¿Quiere Vd. que vaya á su casa?

—Bueno seria. Ese pobre infeliz por quien nos interesamos, añadió la anciana

procurando disimular su emocion, ha sido, como sabes, condenado á muerte, y aunque el Sr. de Lara, su defensor, cree que alcanzará el indulto de la Reina, lo cierto es que el pobre estará con ansiedad, y yo por mi parte, hasta saber el resultado de la audiencia, no estoy tranquila.

—Pero ¿por qué se interesa Vd. tanto por ese pobre acusado?

—En primer lugar, porque mi corazon me dice que es inocente, y despues..... Ya sabes, le conocí antes de que ocurriera el crimen que le imputan.

—¿Llora Vd., abuela?

—No, no lloro; me dá lástima, añadió la anciana haciendo un supremo esfuerzo para contener las lágrimas.

—En fin, por mí no ha de quedar, dijo la jóven.

—Sí, Rosa, sí; yo bien sé que vendrás cansada despues de trabajar todo el dia, pero.....

—Y bien, que la maestra no nos quita ojo.

—¡Pobre hija mia!

—¡Bah! no se apure Vd. por mí. Yo en teniendo salud, y á Dios gracias la tengo... Si no se hubiera muerto mi pobre madre, no me faltaria nada para ser feliz.

—Anda, hija mia, cena y ve despues á casa del Sr. de Lara.

Sin quitarse el manto y de pie, comió un poco de carne fiambre que habia guardado para merendar y unas cuantas hojas de ensalada, y despidiendose de su abuela:

—Si tardo no tenga Vd. cuidado por mí.

Habia concebido un plan, y estaba resuelta á realizarle.

Con la mano en el picaporte para abrir la puerta.

—¿Ha venido Jorge? preguntó.

—Sí, pero ha vuelto á marcharse.

—¿Sabe Vd. si va de baile esta noche?

—No ha pedido camisa limpia.

—Si acaso viniera y la pidiese, en el cajon de abajo de la cómoda.....

—¡Cuánto le cuidas! dijo la anciana fingiendo una sonrisa cariñosa.

—Le quiero como si fuese hermano mio.

—No es extraño, os habeis criado juntos.

—Y eso que el no me hace caso, dijo la jóven quedandose un momento pensativa.

Pero dominándose:

—¡Bah! añadió; yo soy una pobre modista y el ha estudiado una carrera.—Hasta luego, abuela; que no esté Vd. con cuidado.

Rosa bajó las escaleras precipitadamente y fué pensando por el camino:

—Cualquiera que me vea andar á estas horas por las calles de Madrid pensará que soy una modista alegre de cascos. ¡Cómo engañan las apariencias!..... Muchos creeran que voy á alguna cita, y, sin embargo, voy á casa de un abogado á preguntar si ha conseguido del corazon de una Reina el perdon para un reo á quien las apariencias tambien condenan, pero que, segun mi abuela y segun el Sr. de Lara, es inocente.



Llegó al portal, y, cruzando calles, continuó meditando de este modo:

—¡Sucedan unas cosas!.... No me puedo olvidar de aquel día en que llegó a casa ese infeliz á quien han condenado á muerte. No estaba mi madre; pero mi abuela le recibió, y al verle le dió un abrazo muy apretado.... Hace año y medio de esto. Yo me tuve que ir al obrador, y los dejé solos. Al volver encontré á mi madre alborozada. —«Te preparo una gran sorpresa,» me dijo.

Y yo, despues de darla un beso, me fui á acostar esperando la sorpresa que me habia prometido para el día siguiente.

Al despertar me encontré sola.

Poco despues llegó mi madre, y al verla me asusté.

Sus ojos estaban escaldados: habia llorado mucho.

Aquel día cayó en cama para no levantarse.

La sorpresa fué su muerte.

¡Pobre madre mia! ¡Tan buena, tan santa!... ¡Quién sino ella, habiendo perdido á su esposo antes de que yo naciera, habria hecho los sacrificios que hizo por mí?

Este recuerdo costó asomar á los ojos de la jóven lágrimas de esas que brotan del corazón para desahogarle.

—Yo no volví á acordarme del desconocido, hasta un día en que pregunte por el á mi abuela.

—«Es un desgraciado, me dijo. Fué antiguo amigo de tu padre, le complicaron en una causa, fué preso, logró escaparse y al volver hace poco, no faltó quien le reconociera y le delatara, y hoy está en el Saladero.»

Sin saber por qué, le tomé un afecto.... Dos ó tres veces he ido á verle con mi abuela.... Aquella cara no es la de un criminal; si no, me hubiera horrorizado al verle.

Mudando de idea con esa volubilidad propia de la juventud:

—¡Caramba! dijo; ¡qué lejos está la casa del abogado! En otro tiempo me hubiera acompañado Jorge; pero desde que se ha hecho señorito... El, ya se vé, tiene ambicion, vive en otra esfera... Por la noche se digna dormir en nuestra choza.... ¡Es un ingrato!.... Pero le quiero mucho.... más que á un hermano, sí; algo más, mucho más. ...

Y haciendo un movimiento de cabeza como quien quiere desechar una idea:

—¡Gracias á Dios que he llegado! se dijo.

Al entrar por una puerta:

—¿A dónde va Vd. tan de prisa, Rosa? le dijo un jóven que estaba en el dintel.

—¡Ah! ¿es Vd.?

—Para lo que Vd. guste mandar.

—Venia á ver á D. Diego.

—Lo que es ahora no le puede Vd. ver.

—¿Está ocupado?

—Sí.

—¿Y Vd. sabe?....

—¿Lo que Vd. viene á preguntar?

—Sí, ¿Vd. lo adivina?

—Me lo figuro. Ha venido Vd. tantas veces....

—Pues bien, desearia saber....

—Lo único que le puedo á Vd. decir es que mi amo ha venido muy contento de palacio.

—¿Sí, eh?

—No seas bromista, hombre, dijo el portero.

—Calle Vd., tío Lesmes, dijo el jóven, que era el criado del Sr. de Lara.

—Conque, de veras, ¿cree Vd. que puedo irme contenta?

—Sí, hija mia, sí.

—Y sin escuchar más, salió la jóven encaminándose alborozada hácia su casa.

—¿Por qué la has engañado? dijo el portero casi al mismo tiempo que abandonaba Rosa el portal.

—¡Pobre muchacha! ¿Habia de decirle lo que ha pasado?

—Lo ha de saber mañana y será peor.

—Anda, que duerma tranquila esta noche.

—Pues lo que es tu amo, me parece que en ocho días no se levanta de la cama.

Rosa se detuvo de pronto.

Oyó diez campanadas, y se dijo:

—El pobre preso deseará con impaciencia saber cuales su suerte.... Yo he avisado en casa á mi abuela, no estará con cuidado si tardo.... ¡si me dejasen verle!.... Pero ir á estas horas hasta el Saladero.... ¿Quién dijo miedo? Con eso dormirá el pobre más tranquilo.

Y, variando de rumbo, por la Puerta del Sol y la calle de la Montera se dirigió al final de la de Hortaleza.

La jóven no habia notado que la seguia

un hombre que parecia caballero por el traje.

La habia visto salir de casa del abogado y aunque iba de prisa, habia tenido ocasion de admirar su tez blanca y sonrosada, sus ojos negros, su cabello naturalmente rizado y su talle.

Esto, unido á su modesto traje, le habia hecho concebir la esperanza de que podia aquella jóven ser para él una conquista.

Miró al reló, y se dijo:

—El caso es que me espera Facundo en el café de la Perla. Quizás voy á perder un buen negocio, pero la chica lo merece. Si-gámosla, y despues iré á la cita.

Al verla variar de rumbo, pensó por un momento mal de ella.

El triunfo va á ser fácil, se dijo.

Y atravesó la Puerta del Sol, la calle de la Montera, y al llegar á la red de San Luis:

—Pues no es tan fácil como me parece, se dijo.

Su asombro creció de punto al verla detenerse delante del Saladero.

—Pues, señor, me parece que va á ser fácil, añadió. Esperaré á que salga.

Y paseando de arriba á bajo, estuvo hasta las doce en los alrededores de la cárcel.

¿Cómo podia imaginarse aquel pirata callejero la escena que tenia lugar en un oscuro calabozo?

Rosa llegó á la puerta, y el centinela:

—¿A dónde va Vd., prenda? le dijo.

—Voy á ver al alcaide. ¿Se puede pasar?

—¿Pues no se ha de poder? No digo yo por encima, sino aunque fuera por debajo.

Instintivamente se encendió el rostro de la jóven.

Un hombre que estaba recostado en un banco salió al encuentro de Rosa.

—¿Qué quiere Vd.? le dijo.

—Desearia ver al alcaide.

—Ahora no puede ser; está muy ocupado jugando al tresillo.

—El caso es que necesito verle.

Al pronunciar estas palabras hizo la jóven un movimiento, gracias al cual se proyectó la luz de un farol sobre su rostro.

(Se continuará.)

MADRID.—1870.

Imprenta á cargo de M. G. Hernandez, calle de San Miguel, 23,

Bases de la suscripcion.

EL PAÍS VASCO-NAVARRO aparece todos los domingos, y consta de ocho páginas á tres columnas cada una. Puede hacerse la suscripcion enviando el importe de uno ó mas trimestres en letras del Giro Mútuo ó en sellos en carta certificada á la Administracion Central de Madrid, calle de Serrano, 14, tercero, ó á la sucursal de Navarra, en la Secretaria del Colegio de internos.

Precios de la suscripcion.

En España..... 3 meses. 12 reales.
6 — 24
1 año... 48

En Cuba y Puerto-Rico..... 6 meses. 3 pesos.
1 año... 5

América del Sur y Filipinas..... 6 meses. 4
1 año... 7

Extranjero... 6 meses. 12 francos.

NÚMEROS SUELTOS.

En España..... 2 reales.
En el extranjero..... 1 franco.
En Cuba y Puerto-Rico..... 4 reales.
En el resto de América, fijarán el precio los agentes.

Puntos de suscripcion.

MADRID: Serrano, 14, tercero (barrio de Salamanca).

PAMPLONA: Secretaria del Colegio de internos.

VITORIA: D. N. Becerro, en el establecimiento tipográfico del Sr. Iturbe, San Francisco, 23.—Libreria de D. Bernardino Robles.

SAN SEBASTIAN: Libreria de D. I. R. Baroja, plaza de la Constitucion.

BILBAO: Libreria de D. Juan E. Delmas.—Libreria de D. Tiburcio Astuy.

TOLOSA: D. Pedro Gurruchaga.

HABANA: Propaganda literaria, Habana, 110.